

UCSS



SEMANA SANTA EN CASA

Lectura del santo evangelio según san Juan (13,1-15)

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando, ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara, y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido.

Llegó a Simón Pedro, y éste le dijo: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?»

Jesús le replicó: «Lo que yo hago tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde.»

Pedro le dijo: «No me lavarás los pies jamás.»

Jesús le contestó: «Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo.»

Simón Pedro le dijo: «Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza.»

Jesús le dijo: «Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio.

También vosotros estáis limpios, aunque no todos.»

Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios.» Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis.»

Palabra del Señor

Lavar los pies. Antiguamente se ungían los pies de los agonizantes en el rito de la Extremaunción. El sentido era, según contaban, pedir perdón por los pecados cometidos con cada uno de los miembros del cuerpo, volver a poner el Espíritu Santo en lugar del mal. Yo no sé si éste fue el sentido original, pero creo que más bien el sentido es el de hoy, Jesús ama y acaricia, lava y cura, se inclina y sirve. El enfermo, como el herido en la parábola del Buen Samaritano, experimenta el amor, un amor que no es de libro de instrucciones, sino personal y concreto. Le quiere a él, le sirve a él, tiene compasión de él.

Y los apóstoles, además, ven un cambio. Los papeles están cambiados. Pedro lo dice. Lo había dicho antes el Bautista: “Yo soy el que necesita ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?” (Mateo 3,14). Ellos tenían su propia idea de la autoridad, y la atribuían a Dios. Dios, y la autoridad, es el que tiene a alguien que sufre en su lugar, el servido, el indiferente al dolor ajeno, el juez nunca juzgado. Pero Jesús es, en este caso, el que rompe esa idea. Es el Maestro y el Señor, pero no actúa como las autoridades del mundo. “Como ustedes saben, los que se consideran jefes de las naciones oprimen a los súbditos, y los altos oficiales abusan de su autoridad” (Marcos 10,42). Ésa era la idea que tenían los apóstoles de lo que les esperaba, y costaba mucho abandonarla. Las bienaventuranzas era algo ideal, algo extraordinario pero algo también imposible, porque ahí parece el Señor animar al sufrimiento: felices los que sufren. El sufrimiento estaba lejos de sus

expectativas. Sólo querían utilizar el poder divino para su propio provecho. Por eso discutían a veces entre ellos por el primer puesto (Marcos 9,34; Mateo 20,20-28).

De los pocos que tienen otra idea de lo que es la autoridad es el centurión que pidió a Jesús por su criado. Por eso a Jesús le cae tan bien, y le escucha. Su criado sana inmediatamente. Ese centurión es un criado de su criado. Su poder lo usa para hacer el bien. Había construido la sinagoga. Y sabe quién es Dios, alguien a quien amar, pedir, respetar, pues no es digno de que entre en su casa, pero, a pesar de ello, lo concibe como su Padre, por eso le suplica, y piensa que, como él mismo, quizá tenga piedad de su criado. Nunca había visto Jesús en Israel nadie igual. Nadie con esa fe (Mateo 8, 5-11).

No entendemos el coronavirus. Pero sí entendemos que el Dios a quien intentamos servir está en el infectado. Y en el enfermero que arriesga su vida por él, como el samaritano. Porque Jesús se inclinó a lavar, curar y acariciar, secando bien, los pobres pies sucios de sus apóstoles. Por cierto, lavarse ahora tiene un significado maravilloso, cura. Como el bautismo. Donde te lavas te salvas. Lavarnos es ponernos de parte de Dios, que es limpio.

Esta lección nos enseña, además, a ser sacerdotes.

El sacerdote no es sólo el que da la espalda a los fieles para hablar con Dios. Ciertamente, como pobre, debe mirar a Dios, porque no es un actor que esté actuando ante su público cuando celebra, es uno más que mira y suplica a Dios por los demás, como el centurión. Si mira a los demás es porque ve a Dios también en ellos. El sacerdote es el que lava los pies de los demás, cuando les habla de parte de Dios, porque ésa es su manera de orar a Dios, de adorarle, le adora en sus hijos. Si el sacerdote habla a los demás es porque el pastor guía a las ovejas, las sirve, y en ellas el Señor es servido.

En este sentido se da simultánea, inseparable y de modo equivalente el sacerdocio ministerial y el de los fieles. Todo el que ama es sacerdote, porque Jesús amaba y ejercía así su sacerdocio. Los sanitarios están ahora ejerciendo, con la caridad, su sacerdocio, como el que les da la unción. Porque necesitan ser curados, pero también a Dios.

San Juan, el Evangelista, no trae el relato de la institución de la Eucaristía, lo sustituye por este lavatorio de pies, como si fueran lo mismo. Porque la presencia de Dios está en el que lava los pies, pero también en el herido junto al camino. Él mismo iba a ser herido. Jesús iba a ser herido y a morir. Se ha cambiado por nosotros, que deberíamos ser heridos y no él. Se ha cambiado por nosotros, que deberíamos ser compasivos, y no sólo Él, que deberíamos servir, y no sólo Él. Ya sabemos qué hacer en misa. Debemos ser como el centurión que sufre por otro. Que suplica por otro. Como Él. La compasiva reacción de las mujeres que lloran por Él en el camino del Calvario es muy semejante a la compasiva acción de lavar los pies de los hombres que mueren, de los pecadores.

Ahora el Señor, con esta pandemia, nos ha convertido a todos, este día de Jueves Santo, en sus sacerdotes, en los que le saben descubrir en este mundo en los infectados, en los que le saben orar cuando suplican por los enfermos, en los que le saben servir; pero también nos ha dado su lugar si somos nosotros los servidos, los curados. Porque el último lugar es el suyo. Nos ha dado, como infectados, o como orantes, o como compasivos o como servidores de los demás, su propio lugar, el que tiene en la tierra y en el cielo.

Día del sacerdocio, día del amor fraterno, día de la Eucaristía. Es lo mismo.